

XVIII Domingo de Tiempo Ordinario

- Ecl 1, 2; 2, 21-23. ¿Qué saca el hombre de todos los trabajos?
- Sal 89. R. Señor, tú has sido nuestro refugio de generación en generación.
- Col 3, 1-5. 9-11. Buscad los bienes de allá arriba, donde está Cristo.
- Lc 12, 13-21. ¿De quién será lo que has preparado?

1. ¿Qué dice la Palabra de Dios?

A lo largo del Evangelio —y esto lo percibimos especialmente en las perícopas de los últimos domingos—, Jesús nos enseña cómo vivir tres ámbitos de nuestra vida en relación. Nos enseñaba a relacionarnos con las demás personas, descubriéndoles como prójimos y como hermanos; a relacionarnos con Dios, a quien nos enseña a llamarle Padre; y, en este relato nos da una enseñanza sobre cómo relacionarnos con las cosas materiales, lo que Él llama las riquezas. Y lo hace mediante un diálogo y una parábola.

Jesús no quiere hacer de juez entre los hermanos que discuten por el reparto de la herencia —recordemos que lo habitual en tiempo de Jesús era que el primogénito tenía derecho a toda la herencia—.

Pero Jesús aprovecha la ocasión para ofrecernos una enseñanza sobre el recto uso de los bienes. Jesús va a la raíz de la cuestión: no dejarse llevar por la codicia, y lo lleva al último extremo: “esta noche morirás”.

La parábola muestra que el rico es un insensato. A pesar de haber calculado todo el crecimiento económico debido a las buenas cosechas, sin embargo, no se da cuenta de lo principal: atesorar para la salvación eterna. Es como esos mayores de 90 años que viven miserablemente, porque tienen que ahorrar para la vejez...

La lección es clara: las cosas materiales no aportan ni seguridad ni confianza. El rico de la parábola ha quitado a Dios de la ecuación de su relación con las riquezas, piensa y actúa como un pagano o un ateo, como si no hubiese Dios ni vida eterna. Quien vive preocupado de sus riquezas y se olvida del prójimo está olvidando su condición de hijo de Dios y hermano de los otros. Sólo busca su seguridad, su estabilidad, su comodidad.

Las riquezas no pueden convertirse en una divinidad. Nuestra vida no se reduce a lo que poseemos. El discípulo de Jesús no tiene que preocuparse de las riquezas como si fuera un pagano o un ateo. La dignidad de la persona no está en el tener sino en el ser.

Ante una sociedad que pone su horizonte en tener, en hacer rendir el capital, en lo que llamamos sociedad del bienestar, Jesús nos propone pensar que los bienes son nuestros en tanto en cuanto sirven para el bien de la familia y de los necesitados.

2. ¿Qué nos dice la Palabra de Dios?

La Palabra de Jesús me invita a revisar cómo utilizo el dinero, qué apego tengo a las cosas, en qué lo empleo.

- ¿Cómo estoy de ambición? ¿Envidio al que tiene y puede vivir mejor que yo?
- En el presupuesto económico, ¿reservo alguna cantidad para ayudar a los necesitados? ¿Me dejo llevar del consumismo y adquiero lo que no necesito?
- ¿Me siento más que los pobres y los necesitados? ¿Me dejo llevar por el orgullo? ¿Cómo debo administrar el dinero de que dispongo a la semana, al mes? ¿Qué criterios me orientan en el empleo del dinero?

El nuevo humanismo, que incluye ser sabios en la administración responsable de las realidades de este mundo según la ley de Dios, para nuestra utilidad y la de los hermanos, es una gracia que debemos impetrar (Vaticano II, *Gaudium et spes* 31.55).

3. ¿Qué le respondemos al Señor?

- Señor, quiero arrancar de mi corazón toda codicia, toda ambición. Quiero entender que Tú eres mi mayor y mi único tesoro. Desde tus mismos modos, quiero organizar mi vida, la de mi familia o comunidad, para que no me quede esclavizado por el dinero ni por las cosas.
- Te diré con Francisco de Asís: Padre, Tú eres el Bien, todo Bien, sumo Bien, Señor Dios, vivo y verdadero.